



LA CARIDAD.

I.

Nada más santo, nada más bello, nada más divino que la frase con que encabezamos estas líneas.

¿Quién ha practicado la caridad que no haya sentido sus consoladores frutos?

Paz en el alma, tranquilidad en la conciencia, satisfacción de sí mismo.

La caridad es la base de todo lo bueno, de todo lo noble, de todo lo ideal; es un sentimiento colocado por Dios en el corazón humano, para que, condoliéndonos de las desdichas de nuestros semejantes, movidos á piedad por sus desventuras, les tendamos una mano amante y cariñosa, procurando arrancar con ella las espinas de su alma.

El premio de esta acción, ya lo

hemos dicho, no puede ser mayor; el cielo lo paga con creces.

La caridad puede practicarse en muchas formas y de diferentes maneras.

Hay muchos niños que creen que el hacer una caridad es sólo dar una limosna, y están en un error; pues en este caso, sólo los que tuvieran dinero podrían practicar tan santa y consoladora acción. Caridad se hace dando un buen consejo, consolando al triste, dando apoyo al desvalido, y siempre, en fin, en que pueda sernos dado hacer algo en bien de nuestros semejantes.

La sublime é incomparable frase de caridad, lo que en sí significa, alcanza á toda la creación; desde el ser humano hasta la hormiga, desde los gigantes árboles de América hasta el bello pensamiento, cuyos

matizados colores, mezclados entre otras flores en el vergel, dan puros aromas al ambiente, armonía y vida á la naturaleza.

II.

Sí; los animales sufren tambien físicamente, y hay que tener caridad de ellos, acariciándolos en vez de martirizarlos.

Recuerdo de un niño que se encontró un perro de Terranova en la calle del Pez de esta corte, le dió un terron de azúcar y le hizo muchas caricias; pues bien, otro día al atravesar dicho niño por la misma calle, se lanzó hácia él un perro rabioso; el niño echó á correr; ya iba á morderle el furioso animal, dándole alcance, cuando de pronto, saliendo de un portal el perro de Terranova á quien el niño habia acariciado hacia pocos días, se arrojó sobre el perro rabioso y lo ahogó, librando así de una muerte segura al pequeñito.

III.

Las plantas, los árboles, las flores tambien tienen vida, y si no ejercéis con ellas la caridad cuidán-

dolas, alimentándolas con el riego, morirán indudablemente.

Conocí á un niño de muy malos instintos, que todo su afán era pisotear las flores de su jardín y dejar que se secaran, sin regarlas, á pesar de haberle encomendado su papá este cuidado; pero ¡ah! un día al deshojar unas rosas se enredó en un zarzal, y de pronto sintió un dolor agudo en una mano; una venenosa víbora le habia picado, y tuvieron que hacerle la amputacion del brazo derecho.

Dios castigaba su falta de caridad para con las flores creadas por él.

IV.

La caridad es el cimiento de la sociedad, y si desapareciera por completo de ella, ésta se desmoronaria, aplastando bajo sus escombros, confundiendo entre sus ruinas á todo el género humano.

La caridad es la ternura del alma, sentimiento del amor, el pensamiento de Dios...

Al practicar la caridad, llora nuestra alma; despues de practicada, gozamos en nuestra obra.

J. M. TRAVESÍ Y COS-GAYON.



HONREMOS Á DIOS

EN LA PERSONA DE SUS POBRES.

I.

—Oye, Matilde,—decía la señora de Gomez á su hija, de edad de siete años.—Si concluyes pronto esa camisa y está bien cosida, te daré veinte reales de premio para que compres un juguete.

La niña, al oír estas palabras, abrió desmesuradamente los ojos, y batiendo sus manos de alegría, exclamó:

—Que me despierten muy temprano todos los días y verá Vd. qué pronto la concluyo.

—Bien está, hija mia, lo haré segun lo deseas; pero para eso es preciso que no pierdas ninguna hora de sueño, porque es el principal alimento para los niños. Te acostarás á las ocho y te levantarás á las siete; ¿estás contenta?

—Ya lo creo, mamá mia: ¡un duro por esta camisa, y despues el placer de ponérsela y decir que yo la he cosido! Mire usted, hoy es lunes; el sábado estará lavada y planchada.

La señora de Gomez se sonrió, y entregó la labor á su hija, preparada por ella de antemano. Matilde cumplió su palabra, y el sábado por la mañana, con los ojos radiantes de alegría, la camisita en una mano y una moneda de plata en la otra, corrió en busca de la doncella de su madre, diciendo:

—Vamos, Irene, que la planchen para estrenarla mañana. ¡Qué gusto tan grande es saber coser una camisa! Mira, lávala bien, que esté muy blanca, porque quiero que todos sepan que soy una niña muy aplicada... y despues este duro... ¿qué haré con él?... ¿cuántas cosas puedo comprarme?... muchas, ¿no es cierto?... vamos, indicame alguna, á ver cuál me gusta más.

—Una muñeca.

—Bien, muy bien, para coserle yo sola los vestidos y enseñárselos á mis amiguitas; se llamará Matilde como yo. ¡Dios mío! ¡Cuánto voy á jugar!... y todo por haber sido buena, por haber aprovechado

las lecciones de mamá. Vaya, Irene, date mucha prisa para que puedas acompañarme á comprar la muñeca.

Y corrió en busca de su madre, gritando:

—¡Un duro, un duro para mí sola; qué alegría!

—Matilde, hija mia,—dijo su madre cuando llegó;—¿ya has pensado en qué has de emplear ese duro?

—Sí, mamá; quiero comprarme una muñeca para hacerle yo sola los vestidos.

—Perfectamente, hija mia: ese juguete es uno de los más provechosos, pues además de distraerte, aprenderás á coser, porque ya sabes que hace formar muy mal concepto de una niña el que tenga mal cosida la ropa de su muñeca.

—¡Ay, sí, sí, qué gusto! por haber sido buena ¡cuánto voy á divertirme!

—¿Y las lecciones, las has estudiado, hija mia?

—Ya lo creo: Vd. me tiene dicho que para merecer el aprecio de las gentes es preciso que sea buena, y para ser buena es necesario que cada uno cumpla con las obligaciones que le impone su estado.

—Pues bien: ya que tienes tan buena memoria, veamos las que te impone tu estado de hija y de niña.

—En primer lugar, la de querer á usted mucho.

—¿Y tú me quieres?

La niña miró á su madre, y por toda respuesta se arrojó en sus brazos llorando. Su madre imprimió un amoroso beso en su frente de ángel y enjugó sus lágrimas con ternura.

—No basta, hija mia, que sientas ese cariño; es preciso que me lo demuestres, y bien sabes que soy muy exigente en este punto. ¿Cómo conoceré yo que me quieres?

—Siendo obediente á cuanto Vd. me mande.

—Perfectamente, hija mia; veamos qué pruebas tengo hoy de esa obediencia.

—En primer lugar, me he levantado á

las siete, según Vd. me encargó hace ocho días; me he vestido sola, y aunque se me ha hecho un nudo en la trencilla del corsé, no me he incomodado como otras veces, sino que con moderación le he dicho á Irene que tratara de ponérmelo bien. Después de vestida, puesta de rodillas delante de la Santísima Virgen, le he dado gracias por su bondad y misericordia, y le he pedido que me haga buena y dé mucha ventura á mis papás. Concluida esta oración, me he peinado, he estudiado las lecciones de memoria hasta la hora del desayuno; en seguida me he sentado al piano, y cuando he concluido de estudiar, he ido á buscar á Irene á ver si había planchado mi camisa.

—¿Y no crees, hija mía, que se te haya olvidado alguna cosa de las que te tengo encargadas?

Las mejillas de Matilde se colorearon.

—Sí, es verdad; con el gozo de tener un duro y pensar en mi muñeca, me había olvidado de mi pobre Angela, que tanto me quiere: pido á Vd. perdón, mamá mía.

—Te lo concedo, hija mía, en prueba de tu arrepentimiento, porque el que reconoce su falta no está lejos de corregirse. Sin embargo, has faltado al cariño que debes á la pobre Angela y al placer de visitarla y socorrerla por otro mil veces más efímero. Bien sabes que esa pobre niña sólo puede comer cuando le ponen en su mano el alimento, porque su estado de postración no le permite manejarse por sí sola. Tú me pediste un día llorando que dejase esa niña á tu cuidado, y todos los días, excepto hoy, has compartido con ella tu almuerzo. La infeliz llorará de hambre tal vez, mientras que tú la has olvidado por una muñeca.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de Matilde.

—Sí, sí, he sido mala, muy mala,—murmuraba con el mayor dolor.—¡Olvidar á mi pobre Angela, dejarla sin almuerzo por pensar en una muñeca!... Voy corriendo á buscar á Irene á ver si ha guardado alguna cosa en la cocina.

La niña se fué, y al momentó volvió llorando amargamente.

—Nada,—dijo,—no hay nada. Creía que, como siempre, había cuidado de separarlo... ¿qué haré ahora, mamá mía?

Y la niña abrazaba á su madre llena de amargura.

—Visítala al ménos; vé á su casa y confíesale tu olvido francamente.

—¿Cómo quiere Vd., mamá mía, que la confiese que la he olvidado por una muñeca?

—Peor será que te esté aguardando hasta mañana; ella es indulgente y buena, y perdonará tu falta, que quizá le hace pasar mucha hambre.

Matilde se puso pálida; corrió al cajón de su cómoda y sacó dos bizcochos.

—¡Ay! No tengo más que éstos... todos me los he comido esta mañana para celebrar mi triunfo de poseer un duro... pero, no importa, pasaré por la vergüenza de llevarla sólo dos bizcochos y confesarla mi olvido, sí, mi olvido por una muñeca. ¿Quiere Vd. acompañarme, mamá mía?

—Con mucho gusto, hija mía,—dijo la señora de Gomez mirándola con intención.—Sin duda hoy no has rezado con fervor á la Virgen cuando le has pedido que te haga buena, pues de otro modo no hubieras cometido esa falta. La Virgen Santísima oye siempre con bondad á los que le piden con fe pura. ¿En qué pensabas hoy, Matilde, al hacer tu súplica cotidiana?

—Pensaba... mamá mía... en el duro que tenía desde anoche, y en lo que me iba á comprar hoy.

—Y la Madre de Dios, hija mía, no te ha oído porque tu corazón no ha tomado parte en tu plegaria: sólo tus labios formaban palabras sin sentido, porque no tenías fervor.

La niña se quedó pensativa.

—De suerte, Matilde, que vas á salir de casa sin tributar á la Virgen tu homenaje de costumbre, porque la oración de esta mañana ha sido nula.

La niña inclinó la cabeza sobre el pecho. Después levantó su frente pura como la de un ángel, y exclamó:

—Voy á rezar.

Y se retiró á su cuarto. Allí, de rodillas, delante de una imagen de la Madre de Dios repitió con el mayor fervor:

—¡Perdon! ¡Perdon, Virgen mía! ¡Hacedme buena, Virgen Santísima!...

Después se levantó, y dándose una palmadita en la frente como si acabara de

ocurrírsele una idea, fué corriendo á abrazar á su madre.

—¡Ay, mamá mía!—le dijo:—ahora sí que conozco lo mala que he sido esta mañana.

—¿Por qué, Matilde?

—La Virgen ha puesto un gran pensamiento en mi frente y mucho amor en mi corazón. Quisiera ir á casa de Angela.

La señora de Gomez se sonrió con dulzura; pero nada preguntó á su hija acerca de su pensamiento: quizá lo había adivinado. Tomó á Matilde de la mano, y después de bajar una ancha y hermosa escalera, atravesaron el patio y salieron de la casa.

II

La miserable habitación donde vivía Angela con su abuela estaba al extremo de una calle de álamos. Conforme se iban aproximando, la confusión y la vergüenza cubrían de púrpura las mejillas de la pobre niña. La madre observaba con placer todas aquellas emociones, complaciéndose en su obra.

—Vamos, hija mía,—dijo con dulzura la señora de Gomez al observar á la niña que se había detenido á la puerta de la casa.

—¿Qué le diré para excusarme, mamá mía?

—La verdad, Matilde, la verdad siempre, que ella aminorará la culpa. ¿De qué te serviría engañarla, si Dios que ve tu corazón no quedaría engañado? Si te has olvidado hoy de esa pobre niña confiada á tu cuidado, ¿crees que sería menos grave tu falta por excusarte con una mentira, ó que Dios te perdonaría más fácilmente añadiendo ese nuevo delito? No, hija mía: á Dios que ve nuestros corazones, y lee en el fondo de nuestra alma, no puede engañársele nunca; y á Dios, Matilde, es á quien honramos en la persona de sus pobres.

La niña levantó los ojos al cielo, y entró sin contestar en la modesta habitación de Angela.

Estaba esta pobre paralítica sentada en un sillón de paja junto á una ventana respirando la brisa de la tarde. Su abuela, enfrente de ella, colocaba una almohada debajo de los llagados pies de la pobre en-

ferma. El semblante de Angela estaba más pálido que de costumbre, y al ver llegar á Matilde exclamó llena de alegría:

—¡Ay! Ya está aquí mi buen ángel. Creí que estaba enferma mi señorita cuando no ha venido á la hora acostumbrada.

—No, Angela, amiga mía,—contestó Matilde llorando,—es que he sido muy mala, sí, muy mala, porque pensando en una muñeca, no me he acordado de ti como debía... y sin embargo, me has llamado tu ángel bueno, y eso que me esperabas para que te diera pan como ayer... y todos los días. Mira, Angela, mi mamá dice que perdonarás mi falta, porque eres bondadosa... ¿y sabes por qué he sido mala? porque no he rezado esta mañana con devoción, pensando solamente en mi muñeca, y la Virgen me ha castigado no queriendo escucharme; pero ahora ya soy buena, y la Virgen me ha oído. He traído estos dos bizcochos... y además este duro para que tu abuela compre pan. Sí, amiga mía, este duro, que es el precio de mi trabajo, porque he cosido una camisa para mí. ¡Qué gusto es, Dios mío, socorrer á mi Angela con mi trabajo! ¡Ahora sí que conozco que la Virgen me ha escuchado cuando la pedía de corazón que me haga buena y me perdone! Tómalo, Angela, es mío sólo, lo guardaba para comprarme una bonita muñeca; pero es mucho más hermoso que el comprar juguetes, el honrar con ese dinero á Dios en la persona de sus pobres.

Cuando Matilde acabó de hablar, se encontró rodeada por los brazos de su madre.

—Bendita seas, hija mía, bendita mil veces, y bendito Dios que tan feliz me hace contigo. Tienes razón; no hay un placer más puro ni más santo que el de socorrer al desgraciado, y uno de los dones que recibimos del cielo es la caridad. ¿Qué sería de nosotros sin este bien inestimable? Ten presente, hija mía, que sólo con la oración se alcanza esta gracia. Pero aquí veo á Irene que trae una canastilla que ha de ser el almuerzo para Angela. En efecto, la señora de Gomez, que conocía el corazón de su hija, había previsto esta escena y preparado el desenlace. Un delicado aunque sencillo almuerzo fué servido por Matilde á Angela y á su abuela; pero al

ir á sacar el último plato, vió Matilde que el fondo de la canastilla estaba cubierto con una servilleta; la levantó y quedó sorprendida al encontrarse con una preciosa muñeca.

—Es tambien para Angela,—dijo Irene,—porque como la señorita va á comprarse la suya...

—¡Oh! cuánto me alegro,—exclamó ingenuamente la niña, poniendola en las manos de la pobre enferma;—así cuando yo no esté jugará con ella.

—Y yo,—dijo Angela enternecida,—se la regalo á mi buen ángel, á mi buena señorita, en muestra de mi agradecimiento. Cuando yo estoy sola, su recuerdo me acompaña, y la esperanza de verla pronto endulza mis horas de soledad y de amargura: que esta muñeca la sirva de distraccion en las horas de recreo.

Matilde miró á su madre, que la dijo con bondad:

—Acéptala, hija mia; las dádivas de los pobres son fragantes ramilletes que llenan de felicidad nuestra vida. Estoy contenta de tí, hija mia; pero es preciso que no ce-

ses de pedirle á Dios que te haga buena. Esta mañana, al hacer tu plegaria á su Santísima Madre, nada alcanzaste de su gracia, porque tu corazon estaba frio; habias apartado los ojos del cielo para fijarlos en una muñeca. Mas tarde, cuando has repetido la súplica, tu fervoroso corazon habia pasado á tus labios, y la Virgen María, madre de infinita misericordia, te ha escuchado y te ha hecho buena, poniendo en tu frente un buen pensamiento, como me has dicho, y mucho amor en tu corazon. Sí, hija mia; ten verdadera devoción á la Santísima Virgen, pídele cuanto desees hasta en tus juegos más sencillos, que la Virgen, madre de la inocencia, siempre te protegerá y concederá todo cuanto te convenga.

—Sí, sí, mamá mia; y la Virgen me hará buena como hoy, y me regalará muñecas por la mano de sus pobres, que son, como usted dice, sus hijos predilectos.

Y Matilde tomó con emoción la muñeca que Angela le presentaba radiante de alegría.

C. G. DE LL.

EL MALVADO INOCENTE.

I.

Jamás pudieron hacer carrera de él.

Ni los consejos del cura, ni las amonestaciones del alcalde ni las lágrimas de su madre, lograron apartarle de la senda fatal que seguramente le hubiera conducido al crimen.

Tal era Pascual.

Un joven inútil para la sociedad é incapaz de cometer accion alguna que digna fuera de elogio.

Su anciana madre, viuda de un honrado campesino, se consideraba inhábil para corregir los perversos sentimientos de su hijo.

El pueblo miraba á éste con lástima y horror, y por nada del mundo hubiera consentido ningun padre unir su hija con el joven Pascual.

Sus acciones, exageradas al propalarlas la gente de la aldea, le habian puesto en el triste caso de que le tomaran por modelo de maldad.

No sería difícil oír decir á los padres...

—Mira, hijo mío, ¡cuidado con que te juntes con Pascual!...

O:

—¡Toma, pillo, toma!—y acompañaba las frases con la acción:—no quiero verte así... preferiría verte entre cuatro velas á que te parecieses á Pascual...

II.

Un día que la anciana madre de Pascual fué á rogar al cura que reprendiera á su hijo por una de sus más gordas fechorías, y que el buen sacerdote, acogiendo las palabras de la anciana, trató de satisfacerla, Pascual respondió á las cariñosas frases del Padre Juan con tono y maneras dignos de un desalmado.

—Bueno, hijo, —dijo el cura;— despréciame y riéte de mis palabras, que ya recogerás el fruto de tus obras y te acordarás de las lecciones de este pobre viejo.

Y abandonó la casa, dejando al muchacho riéndose al compás de los dolorosos gemidos de su madre...

III.

A tal punto llegó la infame conducta de Pascual, que por no poder soportar la manera con que la gente de la aldea le trataba, resolvió alejarse para siempre de ella.

La noche en que concibió tal idea, se apoderó de todo lo que de algun

valor había en la casa de su madre, y con ello desapareció, sin que nadie en dos días llegara á tener noticias de él...

IV.

Estaba en un bosque vecino un pobre diablo llamado Diego, que se ganaba la vida con la leña que malamente adquiría.

Se ocupaba en fabricar un haz, que vendido en la ciudad cercana, le daría para llevar pan á sus hijos en el próximo día.

Sin duda su trabajo era excesivo ó muy numerosa su familia cuando tanta leña necesitaba, pues los guardas habían notado el robo y estaban esperando una ocasión en que les pagase el ratero todas las fechorías juntas.

Concluía el pobre Diego su tarea y preparábase ya para cargarse su haz á la espalda, cuando vió venir á lo lejos á los guardas que tantas ganas tenían de atraparle.

Distinguirles y echar á correr fué cuestión de un momento.

Pero ¡lo que es la mala suerte!.. Llegar los guardas al punto donde estaba el haz de leña y aparecer por el lado opuesto Pascual, que huyendo del pueblo, se internó en el bosque, fué cosa de un instante.

—Ven acá, truhan, —exclamó uno de ellos, que parecía mandar sobre el otro;—ven acá...

Y cogiéndole con una mano por

el cuello, le condujo al lugar del robo...

—Nuestro es el ladrón,—exclamó el otro señalando á Pascual.—Ganas teníamos de cogerte, tuno; pero ahora no te escaparás de nuestras manos.

—Juro á ustedes,—dijo Pascual lleno de terror,—que yo no sé de lo que se trata, y que no soy ningún ladrón, como ustedes dicen.

—¿Vas á negárnoslo... cuando tenemos delante el cuerpo del delicto?...



Pascual lloró y suplicó, pero en vano. Los guardas le condujeron al pueblo, donde el alcalde, considerando la mala fama que tenía, no vaciló en llevarle á la cárcel.

Cuando estaba en el calabozo, pensaba:

—¡Lo que es ser malo y tener poco crédito! Yo, inocente, estoy pasando por criminal y sufriendo el

castigo á que otro se hiciera acreedor...

Pero luégo, consolándose, añadía:

—No es tan injusta mi sentencia. Yo he sido malo y mis maldades no recibieron castigo... Sea éste el que correspondió á aquéllas... Cuando salga de la cárcel, verá el mundo lo que es un hombre honrado.

PEDRO GROIZARD.



GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XVII.

Un guardia municipal.

A mí me llaman Raimundo,
Y de apellido Estrellado,
Y soy lo más desgraciado
Que se ha visto en este mundo.
Perdí á mi madre querida
Cuando contaba dos años,
Y males y desengaños
Marcando vienen mi vida.
Mi padre, amante y prolijo,
Quiso velar por mi suerte,
Mas pronto tambien la muerte
Le separó de su hijo.
Solo quedé en este suelo,
Sin padres y sin parientes,
Y todos indiferentes
Para prestarme consuelo.
Cómo aquel tiempo viví,
Ni yo ni nadie lo sabe...
Viví como vive el ave,
Porque Dios lo quiso así.
A mi pueblo abandoné
A los quince años de edad,
Y hoy no puedo con verdad

Explicar lo que pasé.
A Madrid llegué ligero,
Sin caudal para hospedarme,
Pero conseguí quedarme
En casa de un carpintero:
Duré una semana sola,
Pues me despidió el maldito
Por el terrible delito
De haber quemado la cola.
Sin comer pasaba el día
Y durmiéndome al relente,
Cuando entré de dependiente
En una confitería.
Devoré dulces sin tasa...
Quizá por eso recelo
Que me volví un caramelo
Por la dueña de la casa;
Resultando, en conclusion,
De este amoroso detalle,
Que otra vez me hallé en la calle
Sin tener colocacion.
Al verme desamparado
Una vecina de allí,
Dijo:—«Yo velo por ti;
Desde hoy serás empleado.»
Y cumpliéndome formal
Su espontáneo ofrecimiento,

Me dió luego un nombramiento
De guardia municipal.
Con mi suerte más conforme,
¿Qué digo? con alegría,
Vestí desde el otro día
Nuevo y honroso uniforme.
Que nevara, que lloviera,
Que hiciera calor ó frío,
En invierno, en el estío,
En otoño y primavera,
Por mucho que granizara,
En las calles y plazuelas,
Pórticos y callejuelas,
No hay miedo de que faltara.
Era en extremo severo
Y honor de la policía,
Pues llevaba cada día
Diez ó doce al Saladero.
Conmigo nadie chilló,
*Y en el término de un año,
No hubo escándalo ni daño
En que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui
La razón no atropellé,
Ni la justicia burlé,
Ni un mal paso nunca di;
Yo á los terceros subí,
Yo á los sótanos bajé,
Y en todas partes dejé
Larga memoria de mí.*
Mas con tanto trabajar,
Soñando la recompensa,
Una pulmonía intensa
Es lo que pude alcanzar.
Estuve grave en extremo;
Mas el lecho abandoné
Y en la calle me encontré
Por un esfuerzo supremo.
Ya en mi existencia aburrida,
Cumpliendo la obligación,
Observaba en un balcón
Alguna ropa tendida,
Y al subir al principal,
Iracundo y sin demora,
Encontraba á la señora
Que me dió la credencial;
Y á la obligación faltando
Bajaba de allí ligero,

Sin mirar que en el tercero
Estaban también colgando;
Ya de la infantil ralea
Los excesos perseguía,
Y hasta intervenir quería
En más de alguna pedrea;
Pero sólo conseguí
En mi empresa denodada,
Recibir una pedrada
Que me hizo correr de allí;
Bien en las horas primeras
De sol, bajaba al mercado,
Siendo, de fijo, insultado
Por chulos y verduleras;
O bien la tarde al caer
Me burlaban insultantes
Vendedores ambulantes
Sin poderlos sorprender.
Una noche de verbena,
Por cierto la de San Juan,
Vigilaba con afán
Aquella humana colmena:
De pronto se oye gritar,
Y se arma tan gran barullo,
Que en un corro me zambullo
Queriéndolo apaciguar.
Lleno de ánimo y valor,
Con el acero desnudo
Me acerco, aconsejo, sudo,
Y trabajo con ardor;
Pero todo fué excusado,
Y en la lucha ya empeñada,
De una horrible cuchillada
Caí al suelo ensangrentado.
En él mi mala ventura
Me tuvo una hora cabal,
Hasta que en el hospital
Me hicieron la primer cura.
Sufriendo á miles reveses,
Que el recordarlos me exalta,
Diéronme por fin el alta
Al cabo de cuatro meses.
.....
Y aquí el deber me volvió,
Para si en otra algarada
Se pierde otra puñalada
Y si me la encuentro yo.

RAFAEL ABELLAN Y ANTA.

SABER VIVIR.

Los días, los meses y los años, pasan como una sombra ligera, cuyo paso no se percibe ni se siente, y sin embargo nos conduce siempre rápida, siempre incansable, de la niñez á la ancianidad, de la vida á la muerte, de la cuna al sepulcro. Al observarlo, vuelvo los ojos á las cien y cien generaciones que pasaron, y pienso con melancolía que nosotros tambien pasaremos como ellas; y riquezas, juventud, hermosura, glorias y honores, que no son más que ilusiones mundanas, todo quedará reducido á seco polvo que otras generaciones hollarán con su planta, como nosotros hollamos el de las generaciones que fueron.

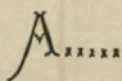
A pesar de todo, el hombre se afana por adquirir riquezas, tal vez por amontonarlas avaro, tal vez para comprar con ellas placeres y vanidades tan efímeros como su existencia. ¡Se afana por adquirir riquezas, por gozar de la vida! El tiempo le arrebatará la vida y los

goces, y al borde del sepulcro le lanzará una carcajada, diciéndole: «Lo que creíste vida fué muerte, y el oro que amontonaste, vil escoria; porque la vida del cielo, esa vida donde no ejerzo mi poder, no se compra con goces, sino con lágrimas.»

Cruce, cruce el hombre con el corazón tranquilo y el rostro alegre el valle de la existencia; crúzelo, sí, con firme y segura planta, apoyado en la fe; porque ella le dice á voces que sufra, que detras del sepulcro está la fuente de la eterna salud.

¡Dichoso mil veces, hijo mío, el que conociendo cuán veloz pasa el tiempo, emplea todos los instantes de su existencia practicando la virtud, consagrándose al trabajo, dedicándose al estudio! El sí que podrá decir: «Yo he conocido el valor del tiempo, yo he sabido vivir.»

JOSEFA ESTEVES.



Vida sin ilusiones,
Niña, no es vida;
Es cielo sin estrellas,
Tarde sin brisas,
Bosque sin sombras,
Arroyo sin murmullos,
Flor sin aromas.

Guarda, niña, por siempre,
Tus ilusiones,
Que ellas son en la vida
Campo de flores,
Brisas serenas,
Placenteros murmullos,
Claros estrellas.

I. VIRTO.

QUOD DICITUR.

En uno de nuestros anteriores números hemos hablado de este festivo álbum de frases y modismos, publicado por los Sres. Jorroto y Díez. Hé aquí unas cuantas muestras de dicho trabajo:

TEATRO ESPAÑOL.



—¿Me vende usted un sillón
Para esta noche?

—Si tal;
Tómele usted, y ¡chiton!
No lo sepa Ducazcal.



Comprendo que soy un vicioso; pero voy
á ver si puedo *sentar la cabeza*.

Las monedas antiguas *no corren ya*.



Déjelas Vd. que descansen, que las po-
bres están bastante fatigadas de tanto
correr.

—*Meta usted la mano en su pecho*,—decía
el juez al criminal.



—Está usted complacido. Pida usted
otra cosa.



Con motivo de la festividad del día, estuvieron *colgados* los edificios públicos.

Tuvo que ser, por fuerza, de las estrellas.



Retrato de una mujer inurmuradora.

Dirán Vds. que los engaño, porque no teniendo boca, no es posible que hable una palabra.

No lo crean Vds.; ella no necesita la boca para hablar, porque *habla por los codos*.



A Inés ciertos favores
Quiso Ana reclamar.
Hablóla, como siempre,
Con amabilidad,
Con suma cortesía
Y afecto sin igual.
Pero es Inés tan brusca,
Que, sin oír su afán,
Le dió á su amiga un feo
Bastante regular.



Un hombre dichoso, que ha conseguido *meter la cabeza en una casa grande*.

LA PREVISION.

A mi querido hijo José Antonio.

Al pié de unas abruptas
Y descarnadas peñas,
En medio de tomillos,
Romeritos y aljodreos,
Espliegos y gallugos,
Bójes y lechetreznas,
Colocadas en fila
Hay veinte ó más colmenas.

Ve cómo al primer rayo
De sol, que las calienta,
A recorrer el monte
Se lanzan las abejas;
Ve cómo presurosas
De aquí para allá vuelan,
De las campestres flores
Libando el dulce néctar;
Hasta que, ya provistas
De miel, á sus colmenas
Vuelven, para llenar
Con ella sus mil celdas.

Apénas el invierno
Con sus frios se aleja;
Apénas le reemplaza

La tibia primavera,
Este industrioso insecto
Principia su tarea,
Y hasta fines de otoño
De trabajar no cesa.

¡Qué de blancos panales
Fabrica con la cera!
¡Qué de sabrosa miel
En ellos almacena,
Para poder tranquilo
Esperar á que vuelva
El triste y frío invierno
Que al ocio le condena!

¡Y qué ejemplo, mi Antonio,
Ofrecen las abejas!
¡Y cuán necios seremos
Si no nos aprovecha!
¿Sabes lo que te dicen?
—Trabaja miéntras puedas,
Y ahorra, para cuando
Te falten ya las fuerzas.

CELSE GOMIS.

ACTUALIDADES.

Verdaderamente, la comodidad no está reñida con el trabajo, y por consiguiente, el hombre aficionado á ella no tiene precisión para disfrutarla de hacerse holgazán.

El ocio es la exageración de la comodidad; pero dentro del trabajo, que á primera vista parece ser el enemigo irreconciliable de aquélla, caben todas las comodidades de este mundo.

Es indudable que al par que avanza y progresa la humanidad, avanzan y progresan los medios que nos hacen más cómoda la vida. Y llegará un día en que á esta exigencia se ajusten nuestros vestidos, nuestras costumbres y hábitos y los trabajos todos del hombre.

Los ejércitos de la antigüedad contaban con menos medios ofensivos y defensivos que los nuestros, y no obstante iban cargados los hombres como acémilas, forradas sus vestiduras de hierro, y con armas pesadísimas, torpes é inmanejables.

Las máquinas que hace poco tiempo necesitaban ser movidas á costa de la fuerza de muchos hombres, hoy las agita el vapor con una facilidad asombrosa.

La comodidad, pues, ha sido uno de los resultados del progreso moderno, quizás el más provechoso para la humanidad.

Fundándose en esto varios jóvenes que ya gozan en el mundo de una justa y merecida reputación científica, organizan con gran actividad una asociación que llevará por título el *Club de los Cómodos*, y que tendrá por objeto el proporcionar los medios más fáciles y sencillos para ejecutar todo género de trabajo corporal, llenando las condiciones de brevedad y economía, y que al propio tiempo sea beneficioso á la salud pública.

Segun nuestras noticias, prestará su apoyo más decidido en favor de todas las personas que padezcan y recurran en demanda de su auxilio.

El pensamiento es noble y digno de todo aplauso.

El *Club de los Cómodos* no cuenta aún con local propio ni reglamento definitivo, y ya son muchas las personas que han solicitado la protección de sus miembros.

Tenemos noticia de las siguientes:

Un veterano de la guerra de la Independencia, que lleva desde el año 1812 una pierna de palo, pide que le pongan otra que le sea menos incómoda.

Un niño de pecho exige la supresión de las mantillas de bayeta y de la faja que arrolla su débil cuerpo, alegando que no puede respirar ni moverse con libertad.

Una señora viuda, que tiene casa de huéspedes que le proporcionan muchas incomodidades, solicita para acabar de pasar sus días con tranquilidad un marido acomodado.

Por último, un niño muy desmemoriado desea que la Sociedad publique una Gramática y un Catecismo que le cueste menos trabajo aprender.

Las peticiones son justas, y el *Club* debe atenderlas.

Es lanzada como un proyectil, y cae sobre una red.

En el trapecio hace ejercicios que asombran.

Los espectadores la ven con una ansiedad horrible.

Los que se sientan en las butacas temen que la red se rompa.

Miss Zæo es un monstruo de agilidad y un asombro de fuerzas.

La empresa del teatro de la Zarzuela no perdona medio de ofrecer novedades á sus favorecedores. El trabajo de Miss Zæo es admirable; pero ¿conduce á algo el riesgo á que se expone al ejecutarlo?

El héroe de los pueblos civilizados y sensatos llega á la gloria del triunfo sin halagar pasiones, sin fomentar el vicio y la inmoralidad, que rechazan á la vez la cultura y la civilización; sin favorecer los intereses de determinada bandera, porque las banderías destrazan el corazón de las naciones.

El héroe tiene mucho de sublime y algo de divino; por sus generosas acciones conquista el aprecio de sus conciudadanos; por sus virtudes llega á ocupar el primer puesto; por su perseverancia en el bien y por su hostilidad á cuanto es perjudicial y nocivo, se atrae la consideración y el respeto de propios y extraños.

La prensa de Cuba publica el nombre de Carlos M. Kenna, niño de trece años, que merece con justicia el dictado de héroe.

La madre de Carlos se hallaba fuera de su casa, en ocasión que ésta era presa de voraz incendio. El niño Kenna, se disponía á ir á su colegio después de dar un beso á sus hermanitos. Al abrir la puerta de su modesta habitación, las llamas azotan su rostro, y el humo le envuelve. Con una presencia de ánimo superior á su edad, cierra la puerta, y dirigiéndose á la ventana que da á la calle, mide con la vista la distancia que le separa del suelo; veloz como el rayo forma su plan para salvar el terrible peligro que los amenaza. Descuelga á dos de sus hermanos por la ventana, y luego, envolviendo en una sábana al más pequeño, desciende con su carga, asiéndose á un canalón que existía en la fachada exterior de la casa.

El primer cuidado al verse en salvo, fué preguntar si sus hermanos habían sufrido daño.

La concurrencia que llenaba la calle se disputaba la honra de abrazar á Carlos, y prorumpió en atronadores vitores.

Hechos como el presente, no necesitan elogios; basta hacer su relato para que sirvan de ejemplo.

Leyendo la anterior noticia, preguntaba un niño á otro:

—¿No harías tú lo que ha hecho ese niño americano, para salvar á tus hermanitos en un incendio?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque en mi casa no hay canalones para bajar por ellos... y además, porque no tengo hermanitos.

S. OLMEDO.

CHARADAS.

I.

Primera segunda ustedes
Frente al portal de mi casa
Y no repitan *tercera*,
Que á los muchachos espanta
Y caer pueden al *todo*
Sin que allí nada les valga.

II.

Segunda prima tomé
Cerca del *prima tercera*,
Donde se cayó mi *todo*
Al espantarse mi bestia.

III.

Tiene mi *todo* una *prima*
Trés con que amenaza y pega
Al que mal *prima dos* tiene
Y á sus dominios se acerca.

CUADRADO DE PALABRAS.

```

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

```

La primera palabra en la tahona,
El corazon á la segunda guarda;
La tercera se mira en el tapete,
Y en el campo se suele ver la cuarta.

FUGA DE CONSONANTES.

.ie.o i..a. a. a.o.
. e. .a..ie. .ie.a .a. .e;
.g.ue., .o .ie..o.o, .ia.á
e. .a.a..a. .e .u.e.?

Las soluciones ántes del 2 de Marzo.
Los niños suscritores que remitan tres
por lo ménos, podrán recoger en esta Ad-
ministracion, ó se les enviará, una lá-
mina.



Desde el Bazar de la Union,
Y por la Plaza de Oriente,
Fué atropellando la gente
Y expuesto á algun coscorrón
Hasta su casa, Vicente.

Tanto le quiere su abuela
Que le compra cuanto anhela,
Y lo merece, en verdad,
Porque en estudio y bondad
Es el mejor de su escuela.